

contra los Faraones, las estancias y salmos de los profetas contra los Reyes, el coro de las Termópilas donde los héroes de Leónidas hacían vibrar sus lanzas en las manos y sus cánticos en los labios, las odas que celebraran las rotas de Xerxes y Dario, el secular verso entonado por los sacerdotes arvaes á Roma en su nacimiento, las oraciones de los mártires cristianos en las catacumbas bajo el festín eterno de los Césares, aquellas melodías de las gaitas helvéticas al celebrar entre las cataratas y aludes de los Alpes la victoria de Guillermo Tell, el coro de los peregrinos al invenir para sí un hogar libre y un templo inviolable para su Dios, porque aquel acto purísimo, aquella ceremonia sin afectación, aquella pompa donde lo teatral de las solemnidades se perdía en lo sincero de las pasiones, semejaba un epílogo de todos los poemas que la humanidad entonara en su larguísima carrera por los númenes de la libertad y por los triunfos del progreso.

Bien es verdad que Francia poseía entonces con el genio de la inspiración revolucionaria, el genio de la música liberal y patriota. Entre los sentimientos humanos existen unos que son músicos, otros que no pueden serlo. Rossini, poseía, no sólo un dominio absoluto en el cielo de las armonías semejante al coro de los mundos, una estética de tal profunda verdad, que asombraba siempre á sus admiradores; ciencia inconsciente, no aprendida en libro ninguno, aprendida en las internas observaciones de su genio. Así decía que sólo cantan en el mundo la libertad, la religión y el amor. Así á cada uno de estos grandes afectos había consagrado el inmortal músico su gran monumento. Habíase inspirado en el amor para componer su *Otelo*; habíase inspirado en la religión para componer su *Moisés*; habíase inspirado en la libertad para componer su *Guillermo*. Y observaba que argumentos de ópera, en cuyo texto predominen afectos de odio y ambición, de amor y de fe, nunca podían trasladarse á la región de los divinos conciertos y de las inspiradas melodías: Yo no quiero, exclamaba, drama con muchas muertes, porque los muertos no cantan. Habiéndole presentado á componer el *Macbeth* en un drama italiano, sugerido por Shakespeare, y ajustado á la escena lírica, exclamó así que la hubo leído: «mucha política, grande ambición, muertes y conjuras, ningún amor; esto no canta». En verdadera conformación de lo dicho por el gran músico tenemos la Marsellesa. No la compuso tanto el genio de un poeta, como Rouget, el cual, tras su himno, jamás supo hacer cosa parecida, cuanto el genio lírico de una sociedad como aquella, embriagada en el espíritu santo de la divina libertad. Así parece que todos los revolucionarios nacieran á una cantando la Marsellesa. ¡Rara cosa! Rouget de l'Isle nació en el Jura y compuso en Estrasburgo el maravilloso himno. ¿Cómo se le llamó la Marsellesa? Pues por un bien extraño motivo. Se le llamó la Marsellesa indudablemente, á causa de que Marsella y sus hijos llenaban en este mes de Julio todo el escenario de la revolución y atraían sobre sí todo el interés y todo el entusiasmo de la redimida y soberana Francia. Para comprender cuánto valía esta legión meridional, hay que convertir el recuerdo á los papeles del tiempo, y entre tales

papeles, descuellan las memorias de Madame Roland y en estas memorias el elocuentísimo trozo dedicado al relato del arribo á París de la legión marsellesa, que parecía disciplinado regimiento bajo uno de sus aspectos y bajo otro de sus aspectos parecía melodiosísimo coro. No hay que separar las observaciones de Madame Roland á este respecto, al respecto de Marsellesa republicana, del tiempo y del espacio, en que fueron sugeridas por unas circunstancias supremas, las cuales no volverán á repetirse jamás en el mundo, y por ende, no volverán jamás á ocupar el pensamiento de la Historia. Aquella despedida de su marido considerada por sus femeniles supersticiones, como una traición evidente del Rey á la libertad; los empeños en Luis XVI de rehusar toda sanción al conjunto de leyes progresivas dictado por el Cuerpo legislativo; las amenazas de Lafayette al derecho de libre pensamiento y reunión libre con sus excitaciones á ciegas reacciones; el atrevimiento de las cortes alemanas, circuidas por los traidores emigrados, echando suertes sobre la túnica de Francia para luego crucificarla con crueldad; los dos partidos franceses dados á contender ante Federico de Prusia y Francisco de Austria sobre las instituciones francesas como si ambos reyes tuvieran en sus manos la soberanía del pueblo; los avances de las tropas irruptoras y los retrocesos de las tropas nacionales, aquéllas contando las provincias cercenables á Francia y dividiéndose por odios políticos éstas, como si no las amenazase un reto tan terrible como el reto de los audaces conquistadores; la injuria infligida por el horrible manifiesto de la coalición, que había caído en guisa de asolador bólido sobre Francia y los franceses; las maquinaciones evidentes de la corte con sus enviados y sus conspiradores y sus caballeros del puñal en Coblenza y en Maguncia contra la patria cuando avanzaban sobre sus sagrados espacios, como genios apocalípticos exterminadores, los déspotas y sus criminales ejércitos, hambrientos de matanza; el espectáculo de los combates, de los saqueos, de los incendios, de las matanzas que se avecinaban, cubriendo el suelo con aglomerados montones de cadáveres y llenando el aire con asoladores miasmas de peste, inspiraban á Madame Roland, entre los espasmos y delirios del fervor universal, al acercarse los marselleses, héroes y mártires, con la muerte sobre sus espaldas y el himno de la esperanza en sus labios, el indeliberado é inconsciente deseo de proponer una República del Mediodía fundada como una defensa contra el infame proyecto acariciado por la Realeza tradicional de ofrecer su corona y su reino á la irrupción extranjera.

Nadie ha explicado como Madame Roland, tal estado del ánimo de Francia en Julio del noventa y dos, al explicar la situación y estado de su propio ánimo. En los trascursos de tal mes, viendo los negocios públicos empeorados á las perfidias y conjuras de Palacio; la invasión del extranjero y la flaqueza del Congreso; madame Roland preguntaba, en su exaltación revolucionaria y en su amor al humano progreso, dónde podría refugiarse la perseguida y atribulada libertad. Ella, Barbaroux y el ex-ministro Servan, departían en familia sobre lo excelente del espíritu meridional; sobre la energía demostrada en cien tran-

ces amargos y difíciles crisis por todos los provenzales; sobre la facilidad manifiesta de fundar una República en el Mediodía, si la corte, huyendo de París, como intentara mil veces, restauraba su absolutismo en el Norte. Un mapa de la monarquía francesa delante de los ojos; el consejo de un político tan industriado en cosas guerreras como Servan al oído; el estudio de las posiciones y de los recursos militares absorbiendo la inteligencia; el recuento de los partidarios verdaderos y el cálculo de las fuerzas disponibles; las evocaciones de las personas populares sobre quienes podía verdadera seguridad de salvación en aquel momento librarse; tales y tan fundadas esperanzas al ánimo y al espíritu más tímido inspiraban que los dos patriotas allí reunidos con la heroica musa de su escuela juraban, pensando en las ilusiones suscitadas por aquella revolución creadora, intentarlo todo y hacerlo todo para fundar un gobierno libre antes que recaer en la sacudida y vieja servidumbre. Barbaroux, sin embargo, al ver cómo la Roland exageraba el afecto exaltado de su republicanismo hasta proponer improvisada República meridional, que pudiera en daño de Francia ceder, moderaba tales fantaseos, y decía que si los parisienses no secundaban á sus conciudadanos en el empeño de refrenar la corte, aguardaba un impulso de la voluntad y de la conciencia colectiva que reuniera grande Convención francesa y proclamara la República para toda Francia indivisible y una. Madame Roland le argumentaba con la probabilidad de un inmediato ataque del Palacio, apoyado sobre los extranjeros, á la revolución, y de lo imposible que sería, en el momento de tal asalto, á esta revolución, desapercibida y confiada, encontrar los medios indispensables al objeto y fin de su defensa propia y su definitivo salvamento. Extractemos algunos párrafos de la inmortal publicista republicana. El Rey, añadía madame Roland, imputaba todos los expedientes inventados para traer los irruptores y despedir los liberales al deber que tenía y á la necesidad en que se hallaba de mantener su defensa propia, mas nadie hubiese objetado á tal defensa, cosa, ni especie ninguna, si la hubiera mantenido en los límites á su poder señalados por la Constitución, pues, aun reconociendo en esta Constitución monárquica todo linaje de máculas y defectos, no querían los más firmes republicanos pasar allende sus artículos, en la confianza de que mejorarían los maculados y defectuosos con el transcurso de los tiempos eternos y las lecciones de una sabia experiencia. La evolución predominara sobre la revolución, si el Palacio, en vez de auxiliar las esperanzas optimistas de los buenos patriotas, no se hubiese lanzado de cabeza en el suicidio consiguiente al sistema viejo y connatural á sus proyectos de empecatado proceder pesimista. Porque la verdad más mostrada por los hechos es aquesta: nadie puede responder, en la tierra, del alcance, y menos del resultado de una revolución. Hay en todo peligroso movimiento de tal naturaleza varios hombres, tan por necesidad numerosos, que constituyen una especie, los cuales, privados de cuantos goces procura siempre á sus favoritos y predilectos la fortuna; muy ávidos de los favores de esta diosa, buscados aunque sea por el camino de la mentira y de la estafa; ofreciendo todo

su ser en aras de la patria, todo lo sacrifican en aras de su propio egoísmo. Si la connatural audacia, inspirada por su propio genio y por las circunstancias ó medios ambientes; si el valor propio de las compleciones varoniles; si algún talento de acción ó de palabra distingue á unos de otros, y da superioridad á los más geniales ó los más atrevidos, en seguida se les adhiere un grupo compuesto por quienes, no teniendo nada que perder y mucho que ganar, se atreven á todo, en la seguridad completa de que no pueden retroceder y sí avanzar, dada su posición, con la mirada puesta en la medra propia y el propio lucro. Cualquier club, en que los políticos se congregan, so pretexto de cultivar sus derechos, se vuelve hacia los intereses presentando en boceto y esbozo el cuadro de la grande política y los caracteres del supremo Estado. Nada tan cierto como este apotegma: las ideas unen á los hombres y desunenlos á su vez los intereses. Toda cabeza que tiene una idea les busca partidarios y les lleva fuerza; todo cabecilla que tiene un interés, divide y resta para con la mayor parte de tal interés alzarse. Existen hombres fervorosos, penetradísimos del mal popular, y resueltos á conjurarlo de buena fe con todos los medios decentes sugeridos por una honestidad incontrastable y sincera; existen filósofos que se adhieren á tales hombres y los ayudan, porque semejante cooperación les parece indispensable al ataque de la tiranía y al progreso de las ideas; por virtud y obra de todo lo cual, grandes verdades pasan del pensamiento metafísico á las muchedumbres, que suelen trocarlas en creencias universales y prácticas; sentimientos singulares pasan á sentimientos generalísimos; y la sociedad se mejora por el buen impulso dado así á las inteligencias como á los corazones de todos. Pero, entre tales óptimas gentes, que piensan y sienten á derechas, deslízanse otros muchos pérfidos ó taimados, olfateando su propio interés, y dispuestos á satisfacerlo, sin reparar en los medios y sin oír á sus conciencias. Para resaltar entre todos, lo exageran todo, y para exagerarlo todo allende lo justo y verdadero, todo lo corrompen; y así, hieren las imaginaciones con sus hipérboles, adulan los vulgares afectos con infames complacencias, se hacen los exaltados en las fracciones y partidos para que los crean éstos indispensables á su prosperidad; y llevan la calumnia en los labios contra los mejores, ya por prudentes, ya por geniales, porque la falta de medios y el exceso de vicios los condena sin remedio á segurísima derrota en todas las legítimas y leales competencias. Infinitos ejemplares de tal especie se habían pegado á los partidos liberales, mucho más accesibles de suyo á la gente neófita que los partidos conservadores, diciéndose adversarios de la corte, y prontos á servirla, si la corte los corrompía y los cohechaba; pero nada de lo que ésta decía era creído por los patriotas verdaderos, deseosos de sumar gente á su causa justa, sin pararse mucho ante la naturaleza é índole de los sumandos, como si con huevos podridos se pudiese hacer una buena tortilla, y con personas maleadas un buen ejército, dando premios y honores á quien merece castigos y censuras. Tales reflexiones hacía en sus Memorias madame Ro-

lland, persuadida de que la corte provocaba con verdadera insensatez á la revolución inmediata, y de que tal revolución removería mucho cieno, y sacándolo de las entrañas, elevaríalo á la tempestuosa y agitadísima superficie social.

En tal estado de los ánimos llegaron los marseleses á París. Barbaroux los había pedido para detener la reacción, y no sumaban los hallados quinientos milites. Una persona de la confianza del patriota marsellés los había escogido, y aseguraba tener tal idea de su valor, que los llamaba quinientos leones, dispuestos al combate y al combate á muerte. Para decir verdad, en parte alguna se fogearon los soldados de la democracia como en el Mediodía de Francia. Tan curtidos estaban, que bien podía llamárseles veteranos, aunque muchos, la mayor parte, mostraban al público su adolescencia florida y entusiasta. Una de las claves del absolutismo europeo estaba en Aviñón y su teocracia; los héroes aquellos habíanla demolido y prestado así al género humano un inolvidable servicio, llevando en sus sienes berécicas, no sólo aureolas ideales de soñadas esperanzas, aureolas positivas de santos recuerdos. Miradlos. Van á París desde las tierras donde crecen los olivos y los granados. Unos muestran su tez bronceada por un sol que lo dora todo, mientras los otros sus músculos curtidos por un mar, que ha comenzado en el planeta la navegación marítima reemplazando á la navegación fluvial, y el trabajo hercúleo reemplazando al combate asolador. Todos son de razas conquistadoras: ó griegos, que han helenizado el Oriente y el Occidente; ó romanos, que han sometido á su autoridad los viejos pueblos; ó árabes, de los que llegaron desde la Meca y el Egipto á Sicilia, pasando por España y el Mediodía de Francia; ó provenzales de los que resistieron á las tropas pontificias en el siglo décimo-tercio, después de haber asistido á sus señores en las cruzadas; elocuentes en su garrulidad; artistas en su rudeza; fáciles al acceso de todas las antiguas herejías como de todas las nuevas ideas; tan dispuestos á respuntar la guzla como á blandir la espada; enamorados de la libertad por atavismo; tomando la guerra como un gimnástico ejercicio y el martirio como un olímpico juego. Así, el atezo de los rostros, el furor de las miradas, el resuello de los pulmones, el cántico de las marchas, el aspecto de las actitudes, el ruido de las armas, todo ello indicaba que aquellos hombres lo mismo servían para los heroicos empeños de Salamina y de Platea, que para los vértigos cruentos del Terror. Su marcha puede compararse á reguero de pólvora, pero de pólvora perdurable, inextinguible; pues donde quiera que iban aquellos héroes, no solamente dejaban la ira, propia de los combates, dejaban también la confianza serena en el seguro triunfo. Y no era menor la impaciencia con que los aguardaban en París. Para muchos revolucionarios meridionales, exagerados ó hiperbólicos, cual por naturaleza y gracia suelen ser las gentes de mi tierra, bastaba la presencia de los marseleses en la Bastilla para que la corona se cayera de suyo al Sena. Muchos esperaban una tal erupción del sentimiento popular que pareciese un volcán inextinguible París. Hubo quien prometió llevar al Camino

Real de Marsella, para recibir á los marseleses, cuarenta mil hombres, y sólo llevó doscientos. La unanimidad de afectos fervorosos prometida por los promovedores de aquella carrera triunfal, tropezó en desengaños innumerables. Al día siguiente de su arribo los convidaron á una francachela, y en la fiesta misma, consagrada por los patriotas á su honor y mérito, encontraron hostilidades manifiestas. Unos milicianos de la capital, pertenecientes á los barrios más populosos y más monárquicos, se fueron á las manos con los recientes huéspedes. Llevaron la peor parte los reaccionarios, y como, en la furia de aquella civil terrible lucha, muchas damas cortesanas lloraran por sus maridos, creyéndolos maltruchos y rotos, consolábalas Antonieta, diciéndoles no había en la refriega ningún paliativo, prueba cierta de que no ignoraba la corte quiénes eran y dónde se hallaban los reaccionarios. Así, bajaron al rastrillo de las Tullerías al grupo magullado, y lo subieron al grupo marsellés, tomando la crisis política todo el aspecto de una inmensa insurrección, en la cual echaban múltiples combustibles los generales y Reyes de las bandas extranjeras, y soplos muy avivadores los tribunos del pueblo soberano.

Cien malas pasiones luchaban en lo profundo, mientras arriba dos puras ideas, el espíritu de lo pasado y el espíritu de lo porvenir, que animaban y enardecían á los respectivos combatientes. Y estos combatientes herederos de mil generaciones seculares, devotas de la libertad y por libertad animadas, hallábanse solos en estos puntos del espacio y en estos momentos del tiempo, para remover la inmensa mole de una monarquía hereditaria fundada en infinitas supersticiones sociales. Así los acostumbrados á mirar el curso tranquilo de la vida moderna, corriendo por un cauce abierto en lo profundo, con enormes contrafuertes por sus orillas, preservado del rebose y nunca por ende salido de madre, no alcanzarán á comprender el encrespamiento de la vida revolucionaria; el oleaje levantado desde lo profundo á lo alto; el chasquido y latigazo de tantas centellas como fulmina un cielo pródigo; las nubes descendiendo como aves rapaces, las trombas subiendo en remolinos que parecen dirigidos á extinguir los astros, la electricidad que no se contenta con remover el suelo, agrietado como á un terremoto, agita los montes, como el huracán los árboles; penetra por los nervios, impulsa los músculos, enciende las fibras y hace de una sociedad, en días normales regular y serena, una sociedad que siente demencia, como la llamada por los místicos demencia de la cruz, y busca desalada el combate y la muerte. Lo cierto es que al manifiesto de Brunswick seiscientos mil voluntarios han surgido del patrio suelo, encendido y humeante, como una voráGINE donde hierven las fecundantes lavas del épico y terrible combate. No tienen nnos pan que llevarse á la boca; no tienen otros ropa con qué cubrirse las carnes; aquéllos asen febrilmente como un sueño magnético un fusil que les falta; éstos van á inscribirse como sonámbulos, sin saber dónde se hallan las listas de inscripción; todos piden á grandes voces la pelea, la muerte; porque hasta el instinto de conservación se acaba en aquella viva sed sublime de un divino sacrificio por la libertad y por